



la página de SERGIO VODANOVIC

CUANDO era niño, existía una entretención que tiende a desaparecer: contar películas. Aquel de nosotros que había tenido la oportunidad de ir al cine, narraba a los demás lo que había visto, acompañando su narración con la banda de sonido completa. Y cuando el que contaba caía en la tentación de exagerar, no faltaba el oyente que saltara con la talla por todos conocida: "¿Por qué no te la cuentas en colores, mejor?"

El primero a quien se le ocurrió la frasecita aquella no intuyó siquiera que su talla era premonitrice. Que llegaría el día que el uso del color en la pantalla sería tan revolucionario, que sólo el colorido y su empleo bastarían para entretener al

clásica pregunta que un espectador debía hacerse ante una película: "¿Qué pasará después?", se cambia por un "¿Qué se nos mostrará después?"

RECONOZCO que este cambio me tiene desorientado. Estoy acostumbrado, como lo están la mayoría de los lectores, a que la película me cuente una historia, en que actúen personajes de los que se me den antecedentes como para formarme una impresión integral de ellos y que estos personajes enfrentados en una situación conflictiva, lleguen a un desenlace que, en definitiva, me diga algo: el mensaje. Esto, más o menos, era lo que el cine hasta

cantante popular en un lugar indefinible, ilógico, absurdo... pero bello.

La plasticidad se impone, la lógica se bate en retirada, y, para eso, es necesario un espectador diferente, alguien que llegue al cine, no ya a presenciar una historia con pies y cabeza, sino a abrir sus ojos al torrente de imágenes que se le entrega.

¿Es bueno? ¿Es malo? ¿Es progreso? ¿Es retroceso?

No lo sé. Simplemente anoto el hecho y con él este otro: las dos películas que he puesto como ejemplo de esta nueva modalidad, me han entretenido, me han gustado, pero, inmediatamente después de encendidas las luces, las he olvidado.

PARA VERLAS Y NO CONTARLAS



"Las Tocables": imagen, sólo imagen...

espectador, siendo del todo imposible contar a otro en qué consiste la película y cuáles son sus méritos.

¿Cómo es posible contar a alguien el cuadro de La Gioconda? ¿Cómo se la arreglaría alguien hoy día para relatar "La Muchacha de la Motocicleta" o, más propiamente "Las Tocables"? Es cierto que ambas tienen un argumento; que la primera, aún, está adaptada de una novela, pero el mérito de ambas reside en su color y en su plasticidad. El caso extremo es el de "Las Tocables". Como argumento, es una imbecilidad. Pero qué absurdo sería juzgarla por su trama, cuando lo que en ella sorprende es su color, sus efectos fotográficos, la acumulación de pequeños detalles plásticamente bellos. Así, la

ahora había dado, pero, lógicamente, no era "eso" todo el cine.

El uso del color, los avances tecnológicos relacionados con la fotografía, parecen dar paso a una nueva modalidad en que la antigua concepción de lo que era una película desaparece, en una acumulación de sensaciones plásticas, en que se busca lo bello, con prescindencia de la narración. Se ha criticado —y con razón— que Alain Delon no sea el actor más apropiado para caracterizar a su personaje en "La Muchacha de la Motocicleta". Pero esto, me parece, no es una inadvertencia del director. Creo que Delon es el actor que expresamente se buscó como intérprete, justamente, porque es bello. En "Las Tocables", las protagonistas raptan a un

ESTE nuevo cine que está emergiendo, está dirigido directamente a los sentidos, en perjuicio del intelecto y de la emoción. La sensación que nos produce se asemeja al deleite que nos regala un rico postre.

Fruto de una sociedad de consumo, producto de una civilización que busca lo efímero, porque permanecer y recordar, es un modo de envejecer, esta nueva forma de hacer cine atrae por su brillo y asusta por su transitoriedad.

"La muchacha de la motocicleta" y "Las Tocables", son buenos exponentes de este cine que es para ver y no contar. Para gozarlo y olvidarlo.